



LA TROMPETA

SEMANARIO FESTIVO

Número suelto, 10 céntimos

Tortosa 26 Agosto de 1916

Suscripción al mes, 0'40 pesetas

MI ÚLTIMO VIAJE

He ido a Barcelona. Esto no quiere decir nada, ni yo pretendo que se rían ustedes por una cosa de tan poco *fuste*.

Me instalo en un vagón de segunda clase; cosa que no hago siempre; pero esta vez, viajo en segunda por el solo hecho de darme ese gustazo.

Primero creo que estoy solo y después veo con algún disgusto que no: en el fondo del coche veo asomada en la ventanilla una mujer. ¡Pero que mujer Dios mío!

Y no crean ustedes que motiva mi admiración una belleza subyugadora ni mucho menos. Es más fea que el hambre en plena carestía de subsistencias.

Maldiciendo mi mala suerte, finjo dormir, roncando desesperadamente a ver si logro asustar a la socia y que se marche a otro coche...; ¡que si quieres!

Me mira extasiada y lanza un profundo suspiro... ¡Caramba!...

Y no se vayan a creer que mi físico tenga nada de particular, ni que yo sea capaz de conquistar mujeres al por mayor.... ¡Y menos durmiendo! o lo que es peor fingiendo que dormía que para estas cosas está uno menos que apetecible.

Pues nada que esta buena señora le ha dado el flechazo y suspiro tras suspiro, no para hasta hacerme estornudar, cosa

que hago con creces hasta alarmlarla.

¡Ahora si que se va! digo para mis adentros.

¿Con qué se vá?... ¡Pues estoy fresco!

Se acerca hacia mi, fingiendo rubor, o no fingiendo que me da lo mismo; y me pregunta mimosamente si me siento indispuerto.

—Sí...; digo no, no señora.

—¿Es que si desea V. algo?... Yo llevo un pequeño botiquín que de algo podría servir... los los médicos son odiosos, sigue la interfecta.

¡Me dan náuseas y sufro el martirio de Fantado elevado al cúbico!

—No, si no tengo nada, muchas gracias.... afortunadamente (¡gran idea!) soy médico señora ...

Ahora si que se tira por la ventanilla y lo que es yo no la aguanto.

¿Con que se tira, eh...? ¡Pues no se tira!

—Ah doctor!—me dice— a usted le envia la Providencia...

—A mi; no señora: a mi me envía mi padre para resolver unos asuntos....

—Doctor, yo estoy muy mala...

—¿Sí? ¡pues me alegró! (a ver si se muere pronto).

—¿Como que se alegra?

—No, quería decir que me alegró el haber sido tan oportuno...

—Doctor.... (esta señora me expende el título) yo padezco del estómago.

—¡Pues tome V. bicarbonato señora!...

—No, si no es eso solo; muchas veces me falta la respiración.... parece como si me ahogara.... ¿qué debo hacer doctor, cuando no pueda respirar?

—¡Morirse enseguida señora; para eso no hay remedio!

—¿Pero antes?...

—¿Antes de morirse?...

—¡Claro!...

—¡Pues se despide V. de la familia!

—¡Jesús!...

El mozo de la estación grita... «San Vicente.... diez minutos...» bajo del coche como alma que lleva el diablo y suspendió el viaje por hoy... ¡Camará con la señora!...

FERNAN FLOR.

TE AMO A TÍ

Reina de la hermosura que crearon los abriles, con gracias y dichas miles cual ninguna criatura.

Los más de ilusión hartados se admiran de tus grandezas, han soñado tus bellezas hombres buenos y malvados.

Eres hermosa, honesta, gentil; ante tí se rinden sabios; sonriendo parecen tus labios un capullo de rosa en abril.

Arde un fuego abrasador en mi seno palpitante, y con éxtasis de amante: soy yo,—me dice el amor.

Pues si te fijas en mí, verás mi mirada pura llena de amor y ternura que dice:—«Te amo a tí.»

CIDE.

Para LA TROMPETA

COHETAZOS

Cogí papel y cuartillas
para escribir «seguidillas»
pero después bien pensado
he trocado
las seguidillas en *palo*;
pensando fuera muy malo
lo que mi pluma escribiera.

Yo quisiera,
lectora o lector amado
encontrarme confesado
y perdonado
al terminar *esta cosa*,
que no sé si es verso o prosa
mas... ¿qué importa?
si es muy corta
y no ha de cansar gran cosa?

Vayamos al gran presto
pues si esto
se hace demasiado largo
con los consecuencias luego
yo no cargo
y por *er foro* me *sargo*,
¿dije *argo*?
—¿Qué de bueno en la semana?
—Mucha rama.
Más... me salí de la pista;
quise decir cupletista
o *cupletera*;
o... llámese como quiera;
otros las llaman estrellas
de primera,
de primera magnitud;
¡pero tú!
que al igual que yo resuellas
no las llamarás estrellas
sino bolidos. ¿Por qué?
No lo sé.

Que cupletistas las llamen
o las nombren *cupleteras*
son un atajo de fieras
llámenlos como las llamen
—salvo error de *tras prisión*,—
porque es claro, hay omisión
de aquellas,
que si las nombran estrellas
es por justo merecido,
pues se ganan el cocido
a conciencia trabajando
menos cuando
la edad les va atenuando

las facultades de artista
y entonces la cupletista
pierde sal
sin alivio de su mal.

Y bien, mi lector amado,
he terminado
esta simple croniquilla.
¿Por escasez de cuartillas?
¿Por finir la inspiración? No.
Te prometí no cansarte
con esta disertación
y por la lata no darte
pongo punto, firmo y... ¡póm!

A ZOTES.



VERANIEGAS

El amigo Paco, hombre alto y
fornido, con apariencias de tener
una fuerza hercúlea que espan-
taba el verle, cada día iba a to-
mar baños. Lanzarse al agua y
promoverse querellas, era cosa
segura.

—¡Hombre tenga la bondad de
no salpicarme! — le decía alguno,
que al caer al agua Paquito, que-
daba medio ahogado por las sal-
picaduras.

—Verá, si no le gusta már-
chese.

—No son maneras de contes-
tar, estas.

—Eso, si que no es manera de
quejarse.

—Nadé mejor

—¡¡V. me vendrá a enseñar!!!

Y así, siempre, se oían diálo-
gos de este tenor. Y cuando nó,
salía del agua desafiando a su
interlocutor, que se quedaba pe-
trificado de espanto al ver aquel
fenómeno, que le buscaba las
cosquillas.

Pero el otro día, no le valió
nada el ser tan *bestiaga*, pues se
encontró con un sujeto más va-
liente que él; al menos lo pare-
cía.

El caso fué que por unas cues-
tiones parecidas a las de siempre
Paquito retó a uno que estaba
más agarrado a una roca, que
una langosta.

—Ale, salga, que quiero mar-
carle una *vía férrea* en la cara.

—¿Quién me lo dice esto?...
¡Ah, un espanta-moscas!...

—¡Salga, hombre, salga, que
conocerá la corriente eléctrica
de mis dedos!

Y de zopetón, sale del mar
todo decidido, una miniatura hu-
mana, un hombre que no pasaría
algo más de un metro de altura
flacucho, que parecía un respal-
do de silla, pues las costillas to-
das le salían fuera, y más ama-
rillo que un esquirol.

Al verlo a flor de agua, varios
concurrentes se le abalanzaron
encima para detenerlo.

—¡Hombre, por Dios, detén-
gase! ¿no ve que lo descompon-
drá?...

—Si le da un puñetazo en la
cabeza, se la meterá en el vien-
tre.

—¡Piense que tiene mala ga-
rral!...

—¡Déjenme!... ¡Déjenme que
me lo quiero comer!

—¡Anda, anda!... ¡Ya se rego-
cjaría, ya!... Y crea que le con-
vendra.

—¡Usted es un suicida, en el
caso presente!...

Y así discutiendo, y aconse-
jándole llegaron hasta donde se
esperaba Paquito cruzado de
brazos en forma napoleónica.

—Y bien, ¿qué quiere V. de
mí?—interrogó aquel átamo de
hombre.

—¡Que atrevimiento!— decía
uno aparte a otro.

—¡Aquí habrá una desgracia!
¡Habrá sangre!...

Y Pacorro bien plantado, sin
cambiar de posición, le contestó:

—Quiero que sostenga delan-
te de testigos, lo que me ha di-
cho dentro del agua.

—Lo sostengo y lo sostendré
siempre y en todo lugar, hasta
si quiere en el campo del honor.

—Mófese, aún.

—¡Y es claro hombre!... Figúrense ustedes—dirigiéndose al auditorio que le rodeaba—que se reía de mí porque le pareció que me iba a ahogar, y habiéndole dicho que no era capaz de estar-se al agua tanto tiempo como yo nadando, ha querido hacer este acto, de *caballerocidad e hidalguía*.

—No hay como probarlo.

—Eso, eso, que lo prueben y el que pierda, pagará una cena para cada uno.

—¡Bien pensado!... ¡Colossal idea!...

—¿Está conforme usted?—dijo Paquito.

—Si señor, si, siempre que usted quiera.

—¡Mañana mismo!... Con eso, ya lo saben, quedan convidados.

Al día siguiente, a la misma hora, ya estaban los concurrentes esperando a los dos héroes.

—¡Ya me tienen aquí!... dijo el hombrecillo al comparecer.

—¡Que es eso!... ¡A donde va con eso!—exclamó Paquito, que llegó simultáneamente detrás de él, al ver a su contrincante con un morral de soldado atado a la espalda.

—¡Llevo los víveres!... Miren si llevo de *vida*: longanizas, pan, conservas, vinos y hasta *champany*.

—¿Y para que la necesita tanta *teca*?

—¡Usted dirá!... ¿Qué se figura que me he de morir de hambre dentro del agua?... Ha de saber que me estoy tres o cuatro días seguidos, según la *marejada*!...

—Calle, calle, no hable más: con un coloso como usted no me puedo batir: por lo tanto, me retiro...

—¡Ey, ey!..., ¿Y la cena, como queda?

—Ya la realizaremos por eso, que bastante llevo de *ministra*. Nos comeremos las *armas vencedoras* a la salud de los *valientes*.

Y el amigo Paco, jamás ha vuelto a los baños desde aquel hecho.

ANDROCLES.

ANITA

Recuerdo a un amor lejano, cuyo eco, me lleva a otra vida de ilusiones y ternuras.

Fué una noche allá, en aquel jardín tan lleno de miramientos deliciosos, para cantar estrofas de amor al oído de la mujer menos impresionable. Sin duda alguna, en aquel frondoso vergel, las palabras parecían música y los suspiros cantos suaves, cantos que llenan el alma de bondad. Nos encontramos como se suelen encontrar los que desean encontrarse, como dos seres que guiados por un mismo fin, marchan impulsados sin saber como, hacia ese momento en que todo se revela en que el corazón ansioso de dicha, se estremece al impulso de caricias suaves...

Anita, era una delicia, una de esas mujeres que sin ser hermosa, tenía en su cara, en su cuerpo, en toda ella, algo que atraía e impulsaba a deseos locos, pero no los brutales de la materia; no eran deseos de amarla siempre así como era, sin mancillar aquellas carnes virginales que olían a incienso.

Me hice la promesa de resistir, si acaso mi cuerpo vehemente no respondía al sagrado respeto, que Anita merecía, y me creí fuerte.

Hablamos muchas cosas, y me extendí contándole mi amor, mientras a nosotros llegaban las melodiosas notas de una música que alegraba una orgía quizás...

Corrí mucho, no se cuanto, y cuando paré, las sienes me latían horriblemente. La música había cesado. Temí otra cobardía, y desde entonces, el recuerdo es lo que me queda de unos amores, temerosos de la triste realidad...

X. X.

CARTAS A UNA MUJER

Señorita: Decididamente nos hallaremos pronto, me dije. Dos corazones cuando se buscan, no sólo se encuentran, sino que se funden al crisol sus corazones, y estos corazones no ha de empañarlos el aliento malsano de estas multitudes que aman por amar, y que sin embargo, no han sentido nunca el amor. Nosotros, sí; nosotros vamos a sentir el amor. Ya os decía, en mi primera carta, que los grandes dolores son los grandes amores. Los grandes dolores han arañado ya nuestra alma, han golpeado fieramente nuestro corazón. Nuestros amores florecen, son los primeros, los juveniles: amores de niño. ¡Ya ha sellado el amor, nuestra pasión con el beso que ha de unirnos para siempre!

Y ahora oye, un ensueño, que solo paro tí será realidad. Nos mecía una barquita por las aguas del mar. Avanzaba rápida como nuestros amores. Nuestras miradas querían herirse unas a las otras, querían hacerse daño. Febo, escondíase tras la montaña. Nuestros ojos eran las luminarias de nuestras almas, nuestra voz se perdía entre el rumoreo de las olas.

Y luego... tocabas *Molinos de Viento*. Tus dedos veloces con movimientos rítmicos se perdían en el teclado. Yo cnturreaba a las ventanas de tus oídos, cerca de tí, donde me embriagaban tus movimientos.

Sí, ideal; sí, alma inquieta que sabes despertar la pasión más intensa que se ha despertado en mi corazón: tú que sabes hablar y hacer hablar a mi alma, lee... ¿Pero qué vas a leer? ¡qué, si no lo sé escribir! Si no sé como dar expresión a lo que siento, no sé como decirlo. Pero lee...

lee en el espacio blanco, como yo sé leer en el blanco de tus ojos la llama sagrada que enciende nuestro cariño.



Conversación de enamorados

Una noche, no hará mucho tiempo, que salí ya bastante tarde de mi casa; caminaba por esas calles con rumbo desconocido, y llegué no sin darme cuenta al parque.

La noche era tranquila y espléndida, interrumpida tan solo, por el canto de algún sapo imitando al mochuelo, y el silbido de las locomotoras que manobraban en la Estación.

La hermosa luna pintaba de plata los gigantescos y verdes árboles que tanto adornan los paseos y parterres del parque.

Las magnolias y otras flores, despedían orgullosas sus finos y fragantes perfumes; noche magna propia para enamorados y... para dar un paseito.

Iba yo andando por el paseo central, que estaba casi desierto y de pronto sentí que mis piernas flaqueaban; me senté en un banco, y advertí que al otro continuo, había una parejita bastante animados, que hablaban de amor.

Una vez senta lo, saqué un pitillo y ya iba a encender la cerilla, pero, rechacé mi propósito; creí una impertinencia encender una luz y darme a conocer, como a la par, estorbar una conversación picaresca y divertida de los dos enamorados.

Gracias a mi buen oído y a la soledad de la noche que me favorecía, pude oír perfectamente que él decía a ella:

—Dime, amada mía: ¿me quieres mucho?

—Sí; mucho; nada sería de mí y de mi corazón sin tí; ¿y tú también me quieres? (responde ella).

¡Oh si te quiero!... solo la muerte podrá separarme de tí; y... para demostrártelo, te participo que pronto, pero muy pronto... quiero hacerte mi esposa; ¿quieres?

La muchacha al oír la palabra *esposa*, sintió ruborizarse, por no haber oído nunca esta pala-

bra de los labios de su prometido pero se repuso antes de que él lo advirtiera y le contesta:

—Bueno: estoy conforme; sí, quiero ser tu esposa como me dices, pero....

—¿Pero qué?

—Nada; que... como tu ya sabes, no he sido yo nunca una de esas muchachas biltroteras, y la verdad, siempre en casa y no moviéndome nunca de ella, desconozco algunas cosas sobre el matrimonio y quisiera que antes de todo me dieras explicación de... algo de lo dicho.

—¿Y qué te voy a explicar?

—No sé... pues por ejemplo, como te las vas ha arreglar para hacerme....

—¿Mi esposa?

—Sí; eso es, tu mujer.

—Pues bien; te diré: lo primero que voy a hacer, es ir a tu casa, hablar con tus padres, explicarles mis intenciones; es decir, les pediré tu *mano* como generalmente se hace; luego que ellos me hayan aceptado, yo me prepararé y arreglaré mis cosas como tu las tuyas, y cuando ya lo tengamos todo arreglado, fijaremos un día señalado para la boda. Llega el día y yo vengo a buscarte a casa tuya; nos marchamos seguidos de padres e invitados hacia la iglesia; entramos en ella, y delante el altar, hay un cura que nos espera, nos echa la santa bendición y... ya eres mi esposa.

—¿Nada más? interrumpe la muchacha, ansiosa.

—No; hay más: luego que ya eres mía, como yo tuyo, tomamos el tren y nos marchamos a Barcelona.

—Y... ¿a qué iremos a Barcelona? vuelve a repetir ella con más ansia.

—Pues a pasar la *luna de miel*.

—Y en la capital que haremos.

—¿Qué haremos? Esto está bueno... Pues mira, ya que quieres saberlo todo, en la capital, como llegaremos un poco tarde cenaremos, y después iremos al teatro tal o cual; al que nos parezca mejor.

—¿Y cuando hayamos salido?

—Nos volveremos a la fonda.

—¿Y en la fonda?

—¿Me quieres tomar el pelo niña? (dice él creyéndose que ella se burlaba).

—Nada de burlas querido mío; explícame qué haremos en la fonda...

—Pues en la fonda... no haremos nada, ¡vaya unas preguntas!... que te crees que es la fonda? en la fonda no haremos mas que llegar, nos iremos a nuestro cuarto, nos despojaremos y como los dos estaremos cansados de todo el día, nos meteremos en la cama y bien tapaditos con las sábanas.... nada; que ya pasó el día.

—No te creo; me ocultas algo.

—Caracoles; no te creía tan inocente.

—Inocente... si y no: todo lo comprendo... menos una cosa.

—Vamos a ver: ¿qué cosa?

—Pues no comprendo que me ocultes y no me digas lo que haremos debajo las sábanas....

No oí más porque el reloj de nuestra Catedral me anunciaba que era hora de ir a dormir y tuve que retirarme con gran pesar mío, pues mi intención era escuchar hasta que hubiesen terminado su conversación tan... interesante.

LA BELLA LULU.



Consultorio femenino

Respuestas

A Pepito R.—Me hago cargo de las inquietudes y de las penas, porque no hace mucho me ocurrió a mi algo parecido a lo que le sucede a usted. Antes de darle mi consejo, que es bien sencillo por cierto, le diré que quiero aclarar una opinión que sobre las peli-castañas emite usted. Dice que son coquetas, sin pensar que casi todas las mujeres lo son, sin que el color del cabello influya en nada; y digo esto por

que me siento un pequitillo ofendida, puesto que soy castaña. En fin, me parece que ya no pensará tan mal de las muchachas de cabellos castaños, al ver que una de ellas desinteresadamente se apresura a contestarle. Opino que le escriba muy atentamente una esquelita, comunicándole sus amores, y si ella es una verdadera señorita, tenga la seguridad que sus celos desaparecerán y con ellos los tonos sombríos que rodean ahora las cosas que mira.

MALVA ROSA.

Preguntas

¿Quién sería tan bondadosa que quisiera indicarme un procedimiento sencillo y rápido para ennegrecer y aumentar el espesor de las cejas y pestañas?—
Enriqueta S.

Desearía saber si tengo derecho a que mi marido me pase una parte de su sueldo, una vez que me separé de él, pues sé que me engaña. No tenemos hijos, ni poseemos bienes gananciales.
—*Una desesperada.*



DE TODO UN POCO

Entre médicos

—Usted tiene suerte: nunca le estafan las visitas.

—Y ¿por qué? Porque me dedico a la especialidad: «Enfermedades de la suegra.» Si curan la hija agradecida, me paga bien; si mueren es el yerno el que se muestra espléndido.

Al Cine Doré

—Senyor, no 's pot fumar.

—Ja ho pot ben dir, ja, porque aquets cigarros de la Tabacalera no tiren ni a empentes.

TARJETA POSTAL

CORRESPONDENCIA

*Sin ti las horas son siglos;
Ni el sol alumbra ni abriga;
Ni el cielo me da su luz,
Ni el céfiro me da vida:
Cede, pues, en tus desdenes;
Corresponde a mi pasión
Y harás mi dicha... y la tuya
Cuando comprendas mi amor.*

PIERROT.

DIRECCIÓN

A la Señorita

Josefina Colomé Antó.

Calle Sensalsacosta, 2

TORTOSA

Cambio de estado

—Hijo mío; tienes muy poca vergüenza; todo lo gastas en vicios. ¿Cuándo cambiarás?

—Papá, ahora mismo iba a pedirle a V. un billete de banco para cambiar.

Sin título

Un amigo escribe a otro:

—Harás el favor de mandarme la petaca, que me la debí dejar ayer en tu casa.—Paco.

P. D.—No me la mandes, pues la acabo de encontrar debajo de la cama.

Filosofía filial

Sabedor de que su padre había derrochado mucho dinero, decía un muchacho.

—¡Que lástima! Si mi padre no hubiese venido al mundo, a estas horas tendría yo medio millón de renta.

Entre niños

—Mi padre me ha traído del Tibidabo un vaso que dice: *Recuerdo.*

—El mío de Cardó me ha traído un cubierto que dice: *Hotel París.*

Un anticlerical

—Jo a n' els capellans me 'ls menjo.

—Donchs, mira, al meu costat t hi podríes guanyar la vida, porque jo 'n tiro molts.

PROFECÍA

A la Srta. M.^a Cinta Ferrando

Que 'n faríes de tancarte
dins ta cambra ab pany i clau
si a deshora i de puntetes
vingués l' Amor a trucar?

Mig dormida, mig desperta,
prou t' hauríes de llevar,
i a cada truch, a la porta
t' anirías acostant.

Si l' Amor ab ses paraules
te pregués com l' Amor sab
a darrera de la porta
t' aniríes sofocant.

I vermella, mig plorosa,
ab lo cor talment nuat
un ditet sobre dels llavis
ells ulls baxos tremolant.

pron la balda llevaríes
i giraríes la clau
i obriríes cor i porta
a l' Amor de bat a bat.

PLIRON.



Colmos y chistes

—¿Cual es el colmo de un ce-
sante?

—Apellidarse Rico, ser natu-
ral de Puerto-Rico, tener hijos
que sean una ricura, vivir en la
calle del tesoro y poseer buenos
cuartos... alcobas.

—El colmo de un pescador.

—Pescar una merluza con una
caña de... manzanilla.

—El colmo de un barbero.

—Afeitarse una barba...ridad.

—El colmo de un pescador.

—Echar el anzuelo en un pi-
mentar por ver si pican los pi-
mientos.

—¿En qué se parece Madrid a
un cuchillo?

—En que tiene corte.

—¿En qué se parece un esque-
leto a una comida de viernes?

—En que le falta carne.

—¿En qué se parece un martes
a un viernes?

—En que tiene veinticuatro
horas.

—¿En que se parece Maura a
Dios?

—En que no se les puede ver.

—¿Qué es lo que va de Madrid
a Toledo sin moverse?

—El camino.



¿Qué opina V. de la guerra?

Un impresor

¡Qué mala *impresión* recibí
cuando fui a los campos de bata-
lla! Y lo que más *grabado* quedó
en mi imaginación fué la gran
variedad de *tipos* que *componen*
las *líneas* del ejército aliado.

Un músico

Si yo tuviera que ir a la gue-
rra seguramente me volvía loco
al oír el *destemplado son* de los
cañones, que participa tan poco
del arte musical.

¡Y qué *notas tan discordantes*
lanzan los *instrumentos* de la *mú-*
sica diplomática!

Un actor

¡Con qué *realismo* tan sorpren-
dente se están *representando* esos
terribles *dramas* de la Guerra
Europea!

¡Y habrá que ver el lujo y el
grandioso decorado del *teatro* de
una batalla!



EPÍGRAMAS

Riñeron dos andaluces,
Y dijo el otro al más guapo:
—¡Vive Dios que si te cojo,
Y te tiro por lo alto,
Cuando vuelvas a caer
Sentirás, más que el porrazo,
El hambre que has de pasar
En un camino tan largo!

Después que en mesa redonda
comió la vieja Cifuentes,
Trajo un mozo de la fonda
Palillos para los dientes.
Pasada más de una hora,
Dijo el mozo con finura:
¿Y usted que aguarda señora?
—Que traigas la dentadura.

De todos dices, Lucía,
Y todos dicen de tí;
Más cuando digas de mí,
Te cayó la lotería.

A patadas ha de ser
Como me he de descuitar,
Pues no es posible que a hablar
Venza un hombre a una mujer.

Ayer convidé a Torcuato;
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapitos y un plato.

Doyle vino y respondió:
—Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida.
No acostumbro a beber yo.

Postrada Juana de hinojos,
Rogaba a San Saturnino,
Con lágrimas en los ojos,
Que odiase su esposo el vino.

Y con tal fé lo pidió,
Que el Santo estuvo indulgente
Pues el vino aborreció,
Y hoy sólo bebe aguardiente.



EL SECRETERO

María Cinta P...., deja el ca-
mino emprendido que vas muy
equivocada, no sea que te caigas
y no te puedas levantar.—Te lo
advierto por tú bien.—Un amigo.

Pepita, no quiero sufrir más
tus impertinencias; por lo tanto
ya puedes ir hacer.... el amor a
la luna, que ella, quizá te lo so-
portará todo.—Juanet.

No Pepe, no; no quiero sufrir
más, todo el cariño que te tenía
(que era mucho) se ha converti-
do en desprecio. Así es que te
ruego no me mandes más misi-
bas porque es completamente
inútil.—Anita.

María, por última vez te lo
pido, no seas ingrata y corres-
ponde al que tanto te quiere y
está dispuesto a todo, solamente
me quieras. Espero con ansia tu
contestación.—A.i.o.s.t.

Carmen A... ten la completa
seguridad que aunque tu no me
quieras, no faltará alguna que
quizá, valdrá más que tu y acep-
tará lo que por coquetería has
despreciado.—Alfredo.

M. M., recibí tu carta, me pides contestación, ahí va: No, no y no. Y ahora te ruego no me molestes más.—Pepe.

Pilar, nunca te he podido amar tanto como ahora, pero veo que en las circunstancias que te encuentras no eres para mí.—Paquito.

Concha.—Te adoro más de lo necesario. Es cuestión de no alargar el tiempo para darme el sí. Tu Enrique.



NOTICIAS

En Madrid se concertó un duelo a sable entre el ministro de justicia y un diputado.

¿Y por qué a sable, teniendo el ministro en sus manos la clásica *espada* de un departamento?

El *sable* parece más indicado para un ministro de hacienda.

Una nueva interpretación del antiguo proverbio *undaces fortuna juvat*:

El amigo Pepe Arias, dice que para que subas.

Varias cosas son necesarias audacia, fortuna y uvas.

Ha marchado a Barcelona el popular Guillermin, súbdito extranjero residente en ésta.

Se ha visto precisado a marchar unos días fuera con el fin de esquivar el continuo asedio con le tienen sumido varias lindas pollas de esta ciudad.

Sabemos positivamente que una pareja de novios cuyos nombres guardamos en cartera, es peran una ocasión oportuna para fugarse; una vez efectuada ésta daremos cuenta de ellos.

A consecuencia de una gran cañabaza, está guardando cama y en grave estado nuestro director *Pierrot*.

Hace unos días a la una de la madrugada y en la calle de San Blás estaban el «Chato», un farmacéutico y dos atolondrados jóvenes más, discutiendo ciertos asuntos femeniles; que tal serían los términos de la discusión y lo que gritarían que a bastante distancia de donde se hallaban salió a su balcón un vecino de la indicada calle mandándoles que se retirasen y no discutieran allí aquellas cosas indicentes.

Por fin y después de mucho tanteo como si se hubiese tratado de una porción de dividendos se han puesto de acuerdo para seguir sus relaciones amorosas el militar Hierro (a) Barcella y la encantadora señorita Teresita L.

Hay que advertirles a la feliz pareja que no se tomen tan al fuerte como se lo toman.

Ha regresado de la gran capital de la Cava y con su regreso a vuelto a renacer la alegría, la simpatiquísima y elegante Liliptuense Pepeta la peinadora de la calle de la M.

Nos alegramos.

Pepeta la Cachuchera esta muy desesperada porque el que ella ama aún no le ha dicho nada y por postre el domingo último se paseaba con otra por el parque; nosotros le recomendamos que le olvide y se vuelva con el *Ferré* que ese sí la quiere de verdad.

Recomendamos a Maset tome el aceite «Geve» él, le dará fuerza y vigor, así podrá tener la fuerza de espíritu necesaria para poderse decidir.

Animo y a ella.

La rubia y su.... compañera según parece han desaparecido, pues hace algunos días que no tenemos la satisfacción de ver sus.... hermosos y descacharrantes cuerpos. ¿Porqué será?

Ha marchado a la ciudad conchal D. Juan Pelincrán, entusiasta redactor de LA TROMPETA, desde donde nos enviará sus piramidales y desconcertantes escritos.

Nuestro hombre, está entre si te lo digo o no te la digo con una rubia que está temporalmente en aquella ciudad.

¡Hay Cuanito, seas más listo y más o menos multiplicado por; en fin ¡aspardenyeta noy!

Tenemos entendido que el distinguido droguero de la calle de Reus, Juanito C.... anda camellando a dos señoritas a la vez.

Nosotros le recomendamos a tan aprovechado «botigué» que no sea tan exigente que a veces quien mucho quiere nada le toca. Estamos.

Al parecer ya se han puesto de acuerdo el simpático Max (el del bigote microscópico) y la gentil Pepeta la repartidora de leche.

De esta manera es como Max no se quedará nunca sin leche.

El *petit Chiquereta* matón de *trompeteros*, después de muchos lloriqueos y pedir perdón de rodillas a su bella prometida y perdonado ella, ha vuelto a reanudar sus viajes a Roquetas.

¡Pobrecito!

Hace unos días regresó de la Ampolla nuestro querido redactor *Malacrín*.

Nuestro detective Dick Aproxmaleché, paseando el último domingo por nuestro hermoso Parque, se encontró un billete que decía así:

«Estimada Pepita, nuestros secretos se descubren. ¡Cuidado con los *trompeteros*.—X. N.º 1.

El próximo número gran concurso con valioso y hermoso regalo.

REDACCION, ADMINISTRACION Y VENTA DE

LA TROMPETA

TALLER DE RELOJERÍA DE

PASCUAL LOZANO.—MONCADA, 6 TORTOSA

Número suelto, 10 céntimos

Suscripción al mes, 0'40 pesetas

Fuera trimestre 1'50 peseta

3'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

BUENA OCASIÓN!

Lo es el guapo mocito Pepito Droguero de la Plaza de Armas, pues desea casarse como lo manda Dios con señorita de capital, joven guapa y de buenas formas.

Para informes dirigirse a nuestro detective Nick Tormenta.

NO CONFUNDIRLO